

# Centesimus Annus

## COMPROBACION HISTORICA DE LA PROPUESTA DE LEON XIII

La encíclica Centesimus annus no es un documento ocasional, para no dejar pasar, sin conmemorarlo, el centenario de la encíclica Rerum novarum de León XIII. Por el contrario es un documento de tesis, una tesis afirmada con serenidad, pero también con toda energía. La tesis consiste en reivindicar la validez de los principios de solución expresados hace cien años por León XIII, pero ahora ya no sólo como posición doctrinaria sino como hipótesis avalada por esta historia centenaria. El Papa Juan Pablo II reafirma la tesis de León XIII, remozándola para adaptarla a la situación actual. Y puede afirmar que lo que él diseñó por un discernimiento de su circunstancia a la luz de la fe, es también, para todo el que tenga ojos para verlo, una lección de la historia que hoy tenemos que recoger si no queremos precipitarnos al abismo.

## CAIDO EL SOCIALISMO, EL PROBLEMA SIGUE EN PIE

La Rerum novarum comenzaba descartando al socialismo y al comunismo, y proponía las bases para una solución justa de la cuestión obrera. Ahora constata el Papa con emoción que la alternativa "comunista", que en aquel entonces era mera propuesta ideológica y política, hoy, después de haberse ensayado por largo tiempo, ha caído por sus propias insuficiencias; es una hipótesis que ha sido descartada por los propios que la pusieron en práctica, que se vieron en un callejón sin salida y apremiados por aquellos que en sus propias sociedades nunca la aceptaron. Tenía, pues, razón León XIII al afirmar que la solución comunista, en vez de resolver agravaba los problemas. Pero León XIII proponía también reformas sustanciales al liberalismo capitalista que entonces imperaba y que era el que había causado la cuestión obrera, no accidentalmente sino por sus principios intrínsecos. La victoria actual del liberalismo capitalista sobre el comunismo ¿significa que los males que anatematizó León XIII pertenecían a una primera fase, realmente salvaje, del capitalismo y que ya han sido superados? Esta victoria ¿confirma la validez de liberalismo capitalista, una vez superados sus estigmas y vencidos sus rivales? Para el Papa la respuesta es negativa. La caída del socialismo revela sus propias insuficiencias. Pero precisamente al cesar esa alternativa y la lucha ideológica contra él, que distorsionaba el horizonte, aparece más clara la realidad del liberalismo capitalista, sus insuficiencias de principio y sus consecuencias. Estas son inocultables: la exclusión de la producción y el consumo de la mayor parte de la humanidad, no sólo las inmensas masas del Tercer Mundo sino sectores crecientes en los propios países desarrollados. El liberalismo capitalista no es el camino para el Tercer Mundo y los excluidos del primero y aliena a los mismos que lo usufructúan. Es que, además de sus propios errores de concepción, el liberalismo capitalista, tiene raíces comunes al socialismo que es

necesario extirpar superadoramente, para que la humanidad pueda encontrar un camino satisfactorio.

Así pues la encíclica, si por una parte saluda con emoción la caída del socialismo real como fruto de una lucha no violenta guiada por la dignidad y la solidaridad, ya que ve en ella una liberación que es fruto de seguir el espíritu de la Doctrina Social de la Iglesia cuyo germen está en la Rerum novarum, por otra parte, con el respaldo de este éxito histórico, sigue proponiendo ese camino para labrar una alternativa a lo que existe, ya que en esta situación no es respetada ni la dignidad ni la vida de las grandes masas humanas.

## ELEMENTOS A RETENER Y ELEMENTOS A NEGAR

La solución nueva no podrá prescindir de elementos de la actual figura histórica. Ellos serían: la iniciativa individual, la libertad económica y por lo tanto la imposibilidad de que el Estado regule todo y pretenda resolver todo directamente, la conveniencia del mercado para colocar con el mayor rendimiento los recursos y satisfacer mejor las preferencias de los consumidores, la aspiración impostergable a la rentabilidad empresarial y la legitimidad de perseguir el propio interés y lograr beneficios económicos. Además habría que tomar en consideración el presupuesto del mercado, que es la corrección a posteriori de los desequilibrios y por lo tanto el reconocimiento de que siempre se presentarán. No sería humano un sistema que pretendiera eliminar a priori los conflictos, los problemas, incluso los pecados, mediante un mecanismo de control previo y global.

Pero lo que no puede admitirse es la autonomía absoluta de la esfera económica como si no tuviera que ver con los demás niveles de la realidad y como si no fuera una actividad humana sometida a su servicio. Por lo tanto el mercado no puede considerarse como un espacio absoluto, atendido exclusivamente a su propia lógica, ya que ni todo ha de pasar por el mercado ni el mercado deja de estar sometido a la dimensión ética. Así pues, si el Estado no debe interferir en todo, tampoco debe abstenerse de coordinar, de modo que se corrijan abusos y se tienda el bien común. Porque si el individuo con su autonomía, iniciativa, interés y preferencias tiene un lugar indiscutible, también es cierto que el individuo no es un fin absoluto para sí, desconociendo no sólo los derechos de los otros individuos sino los lazos indisolubles que lo unen a ellos. La persona es un ser no sólo social sino creado expresamente para la solidaridad. Por eso la empresa, si tiene que mirar a producir ganancias, la tasa de beneficios no es criterio único ni principal para medir si su estado es satisfactorio. La empresa es en primer lugar una comunidad de trabajo y por tanto una comunidad humana en la que sus integrantes satisfagan sus necesidades y mediante la cual se sirva a la sociedad.

En definitiva no puede admitirse una ideología radical capitalista que rechaza que haya que afrontar de modo prioritario y directo el problema de la miseria de la mayor parte de la humanidad por considerar que todo intento de resolverla directamente está

condenado a priori al fracaso y porque confía en forma fidelista que se resolverá por sí sola con el libre desarrollo de las fuerzas del mercado.

### LA CONCEPCION DE LA PERSONA, RAIZ DEL PROBLEMA

En definitiva el fallo de este sistema estaría en la concepción del ser humano. Se nos ofrece una libertad individualista y vacía, liberada al libre juego de los intereses privados, con tal que no interfirieran en el orden y la legalidad.

Pero el ser humano es un ser de realidades. No puede usar de la naturaleza como mera materia prima, carente de estructura y destino propios, sino que debe reconocer su realidad y servirla, potenciándola para que dé de sí. Cuando eso sucede se logra el verdadero provecho de la humanidad que sólo tiene lugar en la armonía simbiótica con el cosmos. Pero menos aún puede usar de su propia naturaleza como si no existiera y el ser humano consistiera en una libertad vacía que se inventa a su arbitrio. Por el contrario, la libertad sólo se realiza creativamente en la verdad. Y a la verdad del ser humano pertenece la ordenación de la economía a la satisfacción de las necesidades objetivas y no de meras preferencias caprichosas, inducidas insidiosamente por la propaganda, que desfiguran la estructura del ser humano, desconociendo la mutua trabazón de sus distintas dimensiones y su jerarquización.

Pero la verdad más profunda del ser humano es que las personas se realizan como tales cuando se religan libremente en el don mutuo. Uno no se respeta en verdad a sí mismo cuando irrespeto a los demás; sólo es posible el reconocimiento propio cuando se reconoce a los demás. Esta trascendencia de la persona humana reluce desnudamente en el pobre. Así pues el reconocimiento de la dignidad del pobre es el criterio para juzgar sobre el grado de personalización de una sociedad. Y este amor se concreta en la promoción de la justicia. Pero no habrá justicia mientras se vea en los pobres ávidos inoportunos que quieren apropiarse de lo que no han producido. Sólo habrá justicia si en los pobres reconocemos la oportunidad de lograr, en la reciprocidad de dones con ellos, una riqueza más alta. Sólo esta conciencia dará la fuerza para afrontar el cambio necesario de los estilos de vida, los modelos de producción y consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy esta sociedad.

Las consecuencias para la economía son evidentes: no se trata de que cada uno satisfaga sus necesidades o sus preferencias como quiera y pueda, de modo que el interés de cada uno, perseguido con todo tesón, logre el bien del conjunto. La economía que se busca debe lograr la composición entre el interés propio y el de los demás, y debe buscar en su conjunto expresamente el interés común, que no es la suma de intereses particulares sino su objetiva jerarquización y coordinación. Tomando en cuenta que el desarrollo, para ser verdaderamente humano, sólo puede ser desarrollo de todos. Un desarrollo excluyente es un desarrollo logrado al precio de tralcionar las dimensiones más sagradas de los que pretenden desarrollarse así. Nadie puede afirmar que no es responsable de la suerte de su hermano sin secar las

fuentes de la propia humanidad.

### PRINCIPIOS DE SOLUCION

La solución propuesta parte del destino primigenio y común de los bienes creados para todo el género humano sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno. Por lo tanto la propiedad privada de los medios de producción, cuando se la mantiene ociosa o sirve para obtener unas ganancias que son fruto de la especulación, de la explotación y de la ruptura de solidaridades con el mundo del trabajo, no tiene ninguna justificación. Es lícita cuando se emplea para un trabajo útil para su dueño, para sus trabajadores y para el bien común de la sociedad. El fundamento de la solución está, pues, en el trabajo, que no es sólo un deber sino también un derecho por ser el camino mediante el que la persona satisface sus necesidades y las de los suyos, se valoriza a sí mismo y se relaciona con los demás. No es justa ni humana ni legítima una sociedad que no es capaz de satisfacer las necesidades de las mayorías del mundo mediante la propuesta de un trabajo digno y de la capacitación consiguiente para lograrlo.

Hoy la cuestión obrera es mundial. Con el dinero del desarme de las grandes potencias y de los países del Tercer Mundo, con el de una razonable renegociación o condonación de su deuda y con un cambio cultural profundo, la humanidad, y en primer lugar los desarrollados, deben emprender el camino del desarrollo a nivel mundial, de la regulación del mercado para lograr equidad y de la colaboración masiva con el Tercer Mundo, no en forma de dádivas sino abriéndoles la puerta para que participen de la tecnología, de la capacitación y de los capitales necesarios para el desarrollo interdependiente. Pero esto no será posible sino cambiando los estilos de vida, los modelos de producción y consumo y las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad.

Para lograr este cambio el único camino viable son las democracias de participación real, vitalizadas por multitud de asociaciones intermedias, de manera que los individuos dejen de estar atrapados entre el Estado y el mercado, y asociados de muchos modos, pongan a ambos a su servicio. Pero para eso es necesario un cambio profundo en los corazones y en las relaciones de modo que los problemas sociales sean examinados según criterios de justicia y verdad. Sin este horizonte cualitativo no hay auténtica democracia. Este camino también ha de prevalecer a nivel mundial de manera que la internacionalización de la economía sea encauzada por mecanismos eficaces que persigan el bien común e indivisible de la humanidad.

Tal es, en síntesis apretada, el contenido de la Encíclica, al que adherimos. Esperamos desglosar en la revista muchos temas de interés. Hay además en la carta aspectos más circunstanciales, incluso discutibles. Ella misma afirma que "no pretende dar juicios definitivos". Es obvio que la perspectiva es muy europea y no deja de ser significativo que el único nombre propio, además del de los Papas, sea el de Polonia. Pero lo susodicho basta para afirmar que las tres encíclicas sociales del Papa, que forman una unidad, contienen y superan las anteriores. En esa medida ellas constituyen la Enseñanza Social de la Iglesia.